

POR AMOR
A LA PATRIA

«Casi no es necesario decir que no nos referimos (como principio de nacionalidad) a una antipatía sin sentido hacia los extranjeros; o al amor a peculiaridades absurdas porque son de carácter nacional; o a un rechazo de aquello que ha demostrado ser bueno en otros países. En todos estos casos, las naciones que han tenido el espíritu nacional más fuerte han tenido menos sentido de nacionalidad. Nos referimos a un principio de simpatía, no de hostilidad; de unión, no de separación. Nos referimos a un sentimiento de interés común entre aquellos que viven bajo el mismo gobierno, y que se encuentran dentro de las mismas fronteras naturales e históricas. Queremos decir que esa parte de la comunidad no se considerará a sí misma extranjera respecto a otra parte; que cuidará del vínculo que la mantiene unida; sentirá que es un pueblo, que los que lo componen correrán la misma suerte, que el infortunio para cualquiera de sus compatriotas lo será para todos ellos, y que no se podrán librar egoístamente de su parte en inconveniente alguno que afecte a la comunidad, cortando la conexión.»

JOHN STUART MILL, *Un sistema de lógica*, VI. 10. 5

la república; el lenguaje del nacionalismo se fraguó a finales del siglo XVIII en Europa para defender o reforzar la unidad y homogeneidad cultural, lingüística y étnica de un pueblo. Mientras que los enemigos del patriotismo republicano son la tiranía, el despotismo y la corrupción, los enemigos del nacionalismo son la contaminación cultural, la heterogeneidad, la impureza racial, y la desunión social, política e intelectual.

Esto no quiere decir que los campeones del patriotismo pasaran por alto o despreciaran la cultura, el origen étnico, la lengua o las tradiciones populares. Incluso los teóricos que querían marcar lo más claramente posible la diferencia entre los valores políticos de la república y la esfera de etnicidad y cultura, siempre se referían a la república como a la libertad común de un grupo particular de gente con orígenes y cultura particulares. La diferencia crucial reside en la prioridad de énfasis: para los patriotas, el valor principal es la república y la forma de vida libre que ésta permite; para los nacionalistas, los valores primordiales son la unidad espiritual y cultural del pueblo. En los escritos de los padres del nacionalismo moderno, la república es rechazada o considerada como un hecho de importancia secundaria. Los patriotas y los nacionalistas no sólo han recomendado diferentes ideales como objeto de nuestro amor: la república en el caso de los patriotas, la nación como unidad espiritual y cultural en el caso de los nacionalistas; también se han esforzado en inculcar o fortalecer en nosotros diferentes tipos de amor: un amor caritativo y generoso en el caso del patriotismo, una lealtad incondicional o una adhesión exclusiva en el caso de los nacionalistas.

La larga historia de los lenguajes del patriotismo y el nacionalismo indudablemente es mucho más compleja que todo esto. Históricamente, patriotismo también ha significado lealtad al monarca, y, asimismo, el lenguaje del patriotismo se ha utilizado para oprimir, discriminar y conquistar, mientras el ideal de nación y la unidad cultural y espiritual de un pueblo se ha invocado para apo-

yar la lucha por la libertad. La distinción que yo sugiero es una pobre representación de una rica historia intelectual y política creada a partir de muchos relatos localizados y extremadamente contextualizados, contados a través de los siglos, sobre el amor a un país. Sin embargo, a pesar de todas las similitudes y matices, se puede identificar un lenguaje del patriotismo que lo ha sido de la libertad común, que es sustancialmente diferente del lenguaje nacionalista de singularidad, unicidad y homogeneidad.

Se han hecho esfuerzos para separar el patriotismo del nacionalismo, pero no han logrado expresar esta diferencia adecuadamente. Así lo intentó George Orwell:

El nacionalismo no debe de confundirse con el patriotismo. Ambas palabras a menudo son utilizadas de forma tan vaga que se puede discutir cualquier definición, pero se debe diferenciarlas, ya que representan dos ideas diferentes e incluso opuestas. Por "patriotismo" me refiero a la devoción a un lugar y a un modo de vida en particular que uno cree el mejor en el mundo pero que no se tiene ninguna intención de imponer sobre otros pueblos. El patriotismo es en su naturaleza defensivo, tanto militar como culturalmente. Por otra parte, el nacionalismo es inseparable del deseo de poder. El ineludible propósito de todo nacionalista es asegurar más poder y más prestigio, no para él pero sí para la nación u otra unidad en la que ha decidido sumir la individualidad ³.

La definición de Orwell identifica las más importantes características del patriotismo y el nacionalismo, pero éstas también son engañosas. Los paladines del patriotismo no lo han entendido como una forma de devoción; más bien hablaban de respeto, caridad y compasión. La diferencia no es puramente terminológica, sino que atañe a una diferente interpretación de las pasiones que constituyen el centro del patriotismo: para el patriota, el objeto de la compasión

³ «Notes on Nationalism», en *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell* (Nueva York, 1968), iii. 362.

INTRODUCCIÓN

En la literatura académica y en el lenguaje corriente, «amor a una patria» y «lealtad a la nación», patriotismo y nacionalismo, son utilizados como sinónimos ¹. Pero, como espero demostrar en este estudio, pueden y deben de ser diferenciados ². El lenguaje del patriotismo ha sido utilizado a través de los siglos para fortalecer o invocar el amor hacia las instituciones políticas y la forma de vida que defiende la libertad común de la gente, es decir, el amor a

¹ Un ejemplo interesante es E. J. HOBBSBAWN, *Nations and Nationalism since 1870* (Cambridge, 1992); en las pp. 46 y 75, utiliza el término «patriotismo nacional» y describe el «protonacionalismo» de la Inglaterra Tudor como algo parecido al «patriotismo moderno»; en la p. 78 habla de «patriotismo nacional o estatal»; en otros momentos (por ej., en la p. 90), distingue el «patriotismo como una fuerza política» del patriotismo estatal. Ver también B. C. SHAFER, «Bourgeois Nationalism in the Pamphlets on the Eve of the French Revolution», en *Journal of Modern History*, 10 (1938), 31-50, y KOHN, *The Idea of Nationalism* (Nueva York, 1944).

² «La transformación del patriotismo en nacionalismo, o incluso el reconocimiento del nacionalismo como una "especie" de patriotismo, revela que literalmente hemos perdido contacto con la historia, con un pasado muy real en el que verdaderos patriotas se atenían a una serie particular de principios políticos y a su práctica (a una concepción de ciudadanía que tiene un escaso parecido con el nacionalismo moderno)», M. G. DIETZ, «Patriotism», en T. BAUL et al. (eds.), *Political Innovation and Conceptual Change* (Cambridge, 1989), 191. «Tenemos que dejar de confundir el patriotismo con el simple conservadurismo, o de cubrirlo con irrecusables y despectivas referencias al chovinismo y al jingoismo. Casi tanto como cualquier otra actividad humana, el patriotismo del pasado requiere una reconstrucción flexible, sensible y, por encima de todo, imaginativa», L. COLLEY, *Britons Forging the Nation 1707-1837* (Londres, 1994), 372. Sobre la importancia de separar el patriotismo del nacionalismo, ver también J. LUCKACS, «Nationalism and Patriotism», en *Freedom Review*, 25 (1994), 78-9.

y amor era la república y la posibilidad de vivir en libertad en un lugar en particular. En cuanto al nacionalismo, definirlo como deseo de poder para la nación indudablemente es válido para muchos pensadores nacionalistas, pero sería inapropiado, por ejemplo, para un nacionalista destacado como Herder ⁴.

Observaciones parecidas pueden aplicarse a la diferencia sugerida por Karl Deutsch.

El patriotismo es un esfuerzo o una disposición para promover los intereses de todas las personas nacidas o que viven en la misma patria, o país, mientras que el nacionalismo tiene el propósito de promover los intereses de todos los pertenecientes a la misma *natio*; es decir, literalmente, un grupo de la misma descendencia y educación; es decir, de hábitos de comunicación complementarios. El patriotismo apela a todos los residentes de un grupo étnico, sin tener en cuenta su origen étnico. El patriotismo basado en el principio de residencia surge con frecuencia en las primeras etapas de la movilización económica y social, tal como se dio en Europa durante la época mercantilista y hasta mediados del siglo XIX. A medida que progresa la movilización e implica a masas crecientes de la población en una competitividad más intensa y en una mayor inseguridad política, el patriotismo es sustituido por el nacionalismo, que se basa en más íntimas y lentamente cambiantes características personales y en los hábitos comunicativos de cada individuo ⁵.

Situar el patriotismo en el periodo entre la tardía era mercan-

⁴ De una forma parecida Louis L. Snyder escribió que «El nacionalismo se preocupa esencialmente de la independencia y unidad de la nación, mientras que el patriotismo más su país, sea defendiéndolo contra la invasión, o luchando por sus derechos, o haciendo que sus leyes sigan puras y en vigor». El nacionalismo es inseparable de la idea de poder; el patriotismo, por otra parte, es por naturaleza defensivo, tanto cultural como militarmente. Pero el carácter del patriotismo es tan ambivalente que es fácil utilizarlo para justificar una agresión, en *German Nationalism: The Tragedy of a People* (Harrisburg, 1952), 148; otra curiosa definición del nacionalismo y el patriotismo se encuentra en C. J. H. HAYES, *Essays on Nationalism* (Nueva York, 1926), 29.

⁵ *Nationalism and Social Communication: An Inquiry into the Foundations of Nationality* (Nueva York, 1953), 232, n. 40.

tilista y mediados del siglo XIX, y presentar el nacionalismo como conectado a un periodo más amplio caracterizado por una competencia más intensa y una mayor inseguridad política es un error histórico, ya que existen textos que defienden y preconizan el patriotismo escritos en tiempos de gran inseguridad política y, como demostraré, avanzada ya la segunda parte del siglo XIX.

Como Proteo, el profético dios del mar de la mitología griega, capaz de cambiar su forma a voluntad, el nacionalismo y el patriotismo parecen poseer una particular capacidad para evitar ajustarse a las herramientas conceptuales que los académicos les forjan tenazmente ⁶. Comprensiblemente, en la literatura sobre el tema es fácil detectar un cierto tono de descontento o incluso de frustración: como Proteo, el patriotismo y el nacionalismo tienen mucho que decirnos sobre nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro, pero no somos capaces de convencerles de que revelen sus secretos.

En lugar de intentar forjar definiciones científicas sobre la naturaleza del patriotismo y el nacionalismo, deberíamos intentar entender lo que los académicos, agitadores, poetas y profetas han querido expresar cuando hablaban de amor a una patria. Necesitamos más interpretación histórica que teorías científicas para descubrir y comprender el significado de los temas, las metáforas, alusiones, exhortaciones e invectivas que el lenguaje del patriotismo ha ido creando a través de los siglos para sostener o revocar, o amortiguar, o inflamar, o reavivar un rico y vivaz universo de pasiones. La aproximación histórica puede, sin duda, sólo ayudarnos a descubrir significados localizados. En el mejor de los casos, puede

⁶ Herder mismo habla de «este Proteo, que normalmente llamamos carácter nacional», en «Kleine Schriften 1791-1796», *Sämtliche Werke*, ed. B. Suphan (Berlín, 1883), xviii, 57-8. Véase también L. GREENFIELD: «Las poblaciones nacionales —clasificadas de forma diversa como “pueblos”, “naciones” y “nacionalidades”— (se definen de muchas formas) y el criterio con respecto a formar parte de ellas varía. La multifructuosa resultante es la fuente de lo conceptualmente evasivo, la naturaleza proteica del nacionalismo y la causa de la frustración perenne de sus estudiosos», en *Nationalism: Five Roads to Modernity* (Harvard, Mass., 1992), 7.

permitirnos subrayar una tradición basada en términos recurrentes con significados similares. Aunque fragmentadas e incompletas, las historias de amor a un país, de amor a la libertad, y amor a la unidad, de patriotas que narran experiencias de exilio moral y político, de historiadores que intentan reconstruir el pasado con la intención de transformar la identidad cultural de la nación, de filósofos que investigan posibles transformaciones químicas de las pasiones de amor y orgullo, de respeto, compasión, caridad, odio, miedo y resentimiento, nos dicen más que los modelos, teorías y definiciones.

La falta de una distinción histórica precisa entre patriotismo y nacionalismo afecta de forma negativa hasta a los mejores estudios sobre el nacionalismo moderno. Un ejemplo es *Imagined Communities*, de Benedict Anderson, un ensayo en el que no se intentan hacer definiciones científicas u objetivas de nación pero que interpreta debidamente nación y nacionalismo como «artefactos culturales de un tipo particular» que deben ser estudiados desde una perspectiva histórica para entender «en qué sentido han cambiado sus significados con el tiempo, y por qué, hoy, provocan una emoción profunda y legítima».⁷

En lugar de tratar al nacionalismo como una «patología de la historia moderna experimental», él lo hace con un espíritu antropológico y lo trata como si fuese más cercano al parentesco y a la religión que al liberalismo o al fascismo. Anderson rechaza la idea de que el nacionalismo hunde sus raíces «en el miedo y el odio hacia el Otro»; se niega a considerar el nacionalismo como una forma de racismo. En su lugar relaciona el nacionalismo con el amor. Es útil, señala, recordarnos a nosotros mismos que las naciones inspiran amor, y a menudo un amor de profundo autosacrificio.⁸ La poesía, prosa, ficción, música, artes plásticas nacionalistas expresan

⁷ *Imagined Communities: Reflections on the Origins of Nationalism* (Londres, 1991).
⁸ *Ibid.*, 141.

amor, raramente miedo y aborrecimiento. Como ejemplo pone *Último adiós*, un poema escrito por José Rizal, el «padre del nacionalismo filipino»:

*¡Adiós, patria adorada, región del sol querida,
 Perla del mar de oriente, nuestro perdido Edén!
 A darte voy alegre la triste mustia vida;
 Y fuera, más brillante, más fresca, más florida
 También por ti la diera, la diera por tu bien...*

*Entonces nada importa me pongas en olvido,
 Tu atmósfera, tu espacio, tus valles cruzaré;
 Vibrante y limpia nota será para tu oído,
 Aroma, luz y olores, rumor, canto, gemido
 Constante repitiendo la esencia de mi fe.*

*Mi patria idolatrada, dolor de mis dolores,
 Querida Filipinas, oye el postrero adiós.
 A ti te dejo todo, mis padres, mis amores.
 Voy donde no hay esclavos, verdugos, ni opresores,
 donde la fe no mata, donde al que siguen es a Dios.*

*Adiós, padres y hermanos; trozos del alma mía,
 Amigos de la infancia en el perdido hogar;
 Dad gracias que descanso del fatigado día.
 Adiós, dulce extranjera, mi amiga, mi alegría,
 Adiós, queridos seres, morir es descansar.⁹*

Las palabras de Rizal expresan conmovedoramente un nacionalismo generoso y acogedor. Pero otros textos nacionalistas hablan de odio y enemigos.¹⁰ «Patria» puede querer decir la tierra nativa impregnada de memorias comunes, vínculos comunitarios e ideales de libertad, pero también puede querer decir que los vínculos en una sociedad son de lengua y sangre; el amor a una

⁹ *Ibid.*, 143.

¹⁰ Ver por ej. los textos citados por H. KOHN, «Arndt and the Character of German Nationalism», en *American Historical Review*, 54 (1949), 791 y 795.

patria puede ser generoso, compasivo e inteligente, pero también puede ser exclusivo, sordo y ciego. Se deben abordar estas diferencias; hablar de «amor a ~~una~~ patria» o «nacionalismo» en general es como derramar colores vivos en una insípida mixtura.

La confusión entre patriotismo y nacionalismo lleva a equivocaciones sobre el significado histórico del origen del lenguaje del nacionalismo. «La especificidad del nacionalismo», dice Liah Greenfeld, por ejemplo, en su excelente estudio, «deriva del hecho de que el nacionalismo establece la fuente de la identidad individual en una "gente", que es vista como la portadora de la soberanía, el objeto central de la lealtad y la base de la solidaridad colectiva.»¹¹ En contra de la sabiduría convencional, sostiene que «el nacionalismo no es necesariamente una forma de particularismo», ya que sus raíces históricas no se hundían en la reivindicación de finales del siglo XVIII de la importancia de la vinculación al entorno particular lingüístico, cultural y étnico de uno mismo, sino en la creación del concepto de pueblo soberano de principios del siglo XVI.

La identidad nacional en su distintivo significado moderno es, por tanto, una identidad que deriva de ser miembro de un «pueblo» cuya característica fundamental es que se le define como una «nación». Cada miembro del «pueblo» participa de las cualidades superiores elitistas, y, en consecuencia, la población nacional estratificada es considerada como esencialmente homogénea, y las diferencias de estatus y clase como superficiales. Este principio reside en la base de todos los nacionalismos y justifica el considerarlos como expresiones del mismo fenómeno general.¹²

Como Greenfeld señala, en la Inglaterra del siglo XVI términos como «bienestar público» y «país» —derivaciones directas ambos de las palabras latinas *respublica* y *patria*— eran usados como equiva-

¹¹ *Nationalism*, 3.

¹² *Ibid.*, 7.

lentes a «nación». Esto viene a sugerir que cuando los escritores políticos hablaban de «nación», entendida como un pueblo soberano unido en una comunidad política independiente, querían decir «república» o «patria» en el sentido clásico. Pero la aparición de la palabra «nación» utilizada con este significado no señala el comienzo de la historia del nacionalismo moderno; es, más bien, un capítulo más en la larga historia del patriotismo. No sólo en Inglaterra, sino también en Francia, Italia, España y en Estados Unidos, aquellos que se comprometieron con el ideal de nación —en el sentido de república— se llamaban a sí mismos, y eran llamados, patriotas, no nacionalistas. Como la gran mayoría de académicos, Greenfeld distingue entre un nacionalismo cívico, que identifica nacionalidad con ciudadanía, y un nacionalismo étnico, que considera la nacionalidad como una característica genética o cultural. Ésta también separa el nacionalismo individualístico-libertario (cívico) del nacionalismo colectivo-autoritario (cívico o genético). Todas estas distinciones y subdivisiones son útiles, pero tienden a enfocar el nacionalismo como si fuese una singular corriente intelectual, cuyo origen es la Inglaterra del siglo XVI (o la antigüedad clásica, si aceptamos la tesis de Hans Kohn), que ha mostrado diferentes caras en diferentes lugares y tiempos. Como espero poder probar en este libro, el panorama que nos presenta la historia es bastante diferente. El lenguaje del nacionalismo moderno apareció como una transformación o adaptación del lenguaje del patriotismo, por el que palabras como «patria» y expresiones como «amor a una patria» adquirieron un nuevo significado, mientras que ideas como unidad cultural o étnica y pureza, de las que el patriotismo republicano nunca habló o trató como menores en comparación con temas tan importantes como la libertad común, asumieron un papel central. Para entender el nacionalismo, debemos empezar con el patriotismo y tener en cuenta dos lenguajes a la vez, y no uno solo que a través de los siglos se ha ido desdoblado y cambiando.

Aparte de ser una equivocación histórica, la confusión entre

patriotismo y nacionalismo tiene efectos prácticos perniciosos. Entendido debidamente, el lenguaje del patriotismo republicano podría servir como un fuerte antídoto contra el nacionalismo. Como el lenguaje del nacionalismo, es esencialmente retórico; busca resucitar, fortalecer y dirigir las pasiones de un pueblo con una identidad cultural e histórica específica, más que obtener la aceptación por parte de agentes racionales impersonales. Se esfuerza por reforzar vínculos tales como amor a las libertades comunes de un pueblo, que son tan particularistas como el amor o el orgullo de la tradición cultural o el destino compartido de un pueblo. Precisamente porque compete con el nacionalismo en el mismo terreno de las pasiones y la particularidad, y usa más los argumentos retóricos que los puramente racionales, el patriotismo es un contendiente formidable para el nacionalismo. Trabaja sobre los vínculos de solidaridad y de fraternidad que intenta convertir en fuerzas que sostienen la libertad en lugar de fomentar la exclusión o la agresión. No les dice a los italianos o alemanes que quieren seguir siendo italianos o alemanes que deberían pensar y actuar como ciudadanos del mundo, o como amantes de una libertad y una justicia anónimas; les dice que deberían convertirse en *ciudadanos* italianos o alemanes comprometidos en la defensa y el mejoramiento de su propia república, y que vivan libremente a su aire, y lo dice usando conmovedoras imágenes que se refieren a memorias compartidas y contando historias llenas de significado, que dan color y calor al ideal de república.

Las historias patrióticas tienen un fondo moral, pero no ofrecen un argumento moral de por qué tenemos la obligación de comprometernos con la libertad común de nuestro pueblo. La respuesta que los pensadores republicanos han dado a esta pregunta es bien conocida: tenemos una obligación moral con nuestro país porque estamos en deuda con él. Le debemos nuestra vida, nuestra educación, nuestra lengua, y en los casos más afortunados, nuestra libertad. Si queremos ser personas con moral, debemos devolver lo

que se nos ha dado, por lo menos en parte, sirviéndonos.

Son posibles muchos recuentos de beneficios todos están sujetos a la duda; ninguno ha recibido aprobación de todas las partes. Esto no significa que las conclusiones acerca de las obligaciones morales del individuo con respecto a su país sean irrelevantes. Debemos definir hasta dónde llega esa obligación; debemos ser capaces de expresar en discusiones públicas qué exigencias que nos haga nuestra patria deben ser rechazadas y cuáles no. Si la obligación hacia nuestra patria es una obligación de defender la libertad común, las fronteras de esta obligación están lo suficientemente definidas, con toda la precisión posible en los argumentos morales. Si somos patriotas en este sentido, debemos luchar contra cualquiera que intente imponer el interés particular sobre el bien común: debemos oponernos a la discriminación y a la exclusión, pero no tenemos ninguna obligación de imponer la homogeneidad cultural, o étnica, o religiosa, ni conseguir nuestro engrandecimiento a expensas de la libertad de otras gentes, ni a negar los derechos civiles ni políticos a ninguno de nuestros compatriotas.

Estar comprometido con la libertad común de nuestro pueblo significa que si nuestro país no es libre, debemos luchar por hacerlo libre en lugar de abandonarlo para buscar esa libertad en otro lugar, y si nos vemos forzados a irnos, debemos seguir trabajando para poder volver y vivir en libertad junto con nuestros compatriotas. ¿Por qué, puede uno preguntarse, «debo sufrir por la libertad de mi pueblo en lugar de buscar mi libertad en otro lugar? Si mi país me trata de forma injusta, no le debo nada, no tengo ninguna obligación.» Una posible respuesta es que la libertad de la que podemos disfrutar en otro país es necesariamente menos rica, menos completa que la libertad que podríamos disfrutar con nuestra propia gente. En otro país puede que, en el mejor de los casos, disfrutemos de libertades civiles e incluso políticas, pero no podríamos vivir

patrimonio según nuestra propia cultura. La libertad entre nuestra gente tiene un sabor más dulce, la disfrutáramos como nuestra propia libertad, como una libertad que es claramente nuestra.

Este razonamiento tiene sus puntos débiles: la recompensa puede parecer demasiado remota e incierta; además, es posible encontrar más atrayente la libertad en otro país. Para conseguir que nuestros compatriotas se comprometan con la libertad común de su pueblo, debemos apelar a los sentimientos de compasión y solidaridad que están —cuando lo están— enraizados en vínculos de lenguaje, cultura e historia. La tarea que se ha de realizar consiste en traducir estos vínculos en amor a la libertad común. Para hacer posible esa alquimia de la pasión sin duda necesitamos argumentos morales que apelen a la razón y a los intereses, pero debemos ser capaces de recurrir, como hacen los buenos retóricos, a historias, imágenes y visiones.

Dura como es, no podemos menospreciar la tarea de trabajar para alentar el patriotismo: para sobrevivir y prosperar, la libertad política necesita de la virtud cívica, es decir, de ciudadanos capaces de comprometerse con el bien común, dispuestos a defender las libertades y derechos comunes. Sin embargo, los filósofos políticos contemporáneos (por lo menos muchos de ellos), ven la virtud cívica como un irrecuperable y obsoleto vestigio de la antigüedad o como un peligroso mito político que nostálgicos irresponsables tratan de recuperar. Lo que podemos esperar de las sociedades democráticas multiculturales contemporáneas, escribió Michel Walzer, «es un equilibrio entre civilidad y virtud cívica» en el que la civilidad sea el componente predominante. Si quisiésemos corregir ese desequilibrio en favor de la virtud cívica, el patriotismo y el activismo político, debemos ser conscientes de que puede que se produzca a expensas de la civilidad y la tolerancia. El patriotismo y el activismo político actúan a favor de la pasión y de las emociones, que son enemigas del orden, la tranquilidad y la tolerancia.¹³ Sin una

¹³ «Civilidad y virtud cívica en la América contemporánea», en *Radical Principles*

vocación política, sin ningún lazo significativo de comunalidad étnica, religiosa o nacional, completamente absorbidos por los placeres de la vida privada, los ciudadanos modernos no encuentran ni pueden encontrar atrayente el ideal de virtud cívica. Lo que realmente les importa no es la virtud cívica sino la libertad, o, para usar la famosa distinción de Benjamin Constant, quieren la libertad de los modernos, no de los antiguos. El ejercicio directo y colectivo de varias partes de la soberanía completa, que los antiguos veían como la más alta expresión de la virtud cívica y la parte más ennobecedora de la vida del ciudadano, es de poco interés para los modernos.¹⁴

Por otra parte, los defensores de «una política de virtudes cívicas» hacen hincapié en que éstas sólo pueden apoyarse en una «visión del bien» y la vinculación a una comunidad y a una cultura particulares. La devoción al bien público, dicen, debe estar enraizada en el amor al país, un amor que hace a cada país único: su lenguaje, su origen étnico y su historia.¹⁵ Sin embargo, la identificación con este tipo de patriotismo hace más daño que ayuda a

(Nueva York, 1980), 61-2 y 67-8. Como otras fuentes que cito en este artículo, Walzer se refiere explícitamente a los Estados Unidos. Sin embargo, trato la problemática de la virtud cívica desde una perspectiva más amplia. Tomo el punto de vista de Walzer y de otros como representativo de una posición intelectual que juega un papel central en la cultura política contemporánea desde el discurso de Benjamin Constant sobre «La libertad de los antiguos comparada con la de los modernos».

¹⁴ «El derecho a estar sujeto sólo a las leyes, y no ser arrestado, detenido, muerto o maltratado de forma alguna debido a la voluntad arbitraria de uno o más individuos. Todo el mundo tiene derecho a expresar su opinión, escoger una profesión y practicarla, disponer de su propiedad, e incluso abusar de ella; a ir y venir sin permiso, y sin tener que dar cuenta de sus motivos o de sus tareas», CONSTANT, «La libertad de los antiguos comparada con la de los modernos», en *Political Writings*, ed. Biancamaria Fontana (Cambridge, 1988), 310-11.

¹⁵ M. SANDEL, «Morality and Liberal Ideal», en *New Republic*, 7 de mayo de 1984, 17. Ver también id. «The State and the Soul», en *New Republic*, 10 de junio de 1985, 39. El tipo de patriotismo que puede ser una virtud, de hecho una virtud fundamental, dice Alasdair MacIntyre, es el de lealtad a una comunidad en particular. «El patriota no valora similares méritos y logros de otra nación que no sea la suya. Ya que él o ella —al menos en el papel del patriota— no sólo los valora como méritos y logros, sino como méritos y logros de esa nación en particular», en «Es el patriotismo una virtud?», *Lindley Lecture*, Universidad de Kansas, 26 de marzo de 1984.

la causa de la virtud cívica. Si amar a la patria significa amar unas características étnicas y lingüísticas comunes, una concepción compartida de la buena vida, o la visión de un destino nacional común, tal amor sin duda significa comprometerse con el bien común. Sin embargo, también alienta el desprecio y la intolerancia hacia la diversidad cultural, racial y política tanto en el propio país como en el extranjero. Abundan ejemplos de ciudadanos de mentalidad cívica dispuestos a dar su sangre por su país, pero que a la vez están dispuestos a negar la libertad religiosa, los derechos de las minorías y el pluralismo cultural, y la estrechez de su patriotismo refleja el carácter exclusivo de su amor a la patria.

La virtud cívica entonces parece imposible o peligrosa; no puede ni debe convertirse en un concepto importante en nuestro lenguaje político ni en un valor compartido entre los ciudadanos contemporáneos. Pero una república decente necesita ciudadanos que no sólo estén interesados sino que sean capaces de amar y de vincularse; y el amor y los vínculos pertenecen a pueblos y formas de vida particulares. Se deben encontrar formas de alentar y apoyar la pasión y el amor adecuados; se debe entrar en el peligroso mundo de la particularidad y confrontar los peligros de los amores exclusivos e intolerantes. Para que sea posible la virtud cívica, ésta ha de ser particularista pero, aun así, no debe ser peligrosa ni repugnante.

Para encontrar una solución a este dilema, debemos reexaminar los trabajos de los teóricos políticos republicanos que definen la virtud cívica o política como el amor a una patria, entendiéndolo, no como una vinculación a la unidad cultural, étnica y religiosa de un pueblo, sino como amor a la libertad común y a las instituciones que lo sustentan. Es un amor particularista, ya que es el amor a la libertad común de un pueblo en particular, apoyado en instituciones con una historia particular que tiene para ese pueblo un significado, o significados particulares que inspiran y a cambio se sustentan en una forma de vida y cultura particulares. Porque es un amor de lo

particular es posible, pero porque es amor a una forma de libertad en particular no es exclusivo: el amor a la libertad común del pueblo fácilmente se extiende más allá de las fronteras nacionales y se transforma en solidaridad¹⁶.

Históricamente, las consideraciones sobre una patria y el amor a una patria se han hecho pensando en la libertad o la unidad como fin. Mi única preocupación es la libertad, o, más concretamente, la libertad igualitaria, con la que quiero expresar la posibilidad para todos los ciudadanos de la república de vivir sus vidas como ciudadanos sin ser oprimidos al denegárseles sus derechos políticos, civiles o sociales. Considero la unidad y homogeneidad cultural, étnica y religiosa como otros tantos vicios. No hacen a la república más fuerte, ni sirven para forjar ciudadanos comprometidos con la libertad. Al contrario, hacen a la república asfixiantemente tediosa, soporífera y opresiva, y a los ciudadanos fanáticos de miras estrechas, intolerantes y aburridos. Una buena república que de verdad quiere serlo de todos no necesita unidad cultural, o moral o religiosa; necesita otro tipo de unidad, principalmente una unidad política sustentada por el nexo con el ideal de república. Aquí debo resaltar que no quiero decir amor a la república en general o vinculación a una república impersonal basada en los valores universales de libertad y justicia. Quiero decir vinculación a una república en particular con su forma particular de vivir en libertad. Una república puramente política conseguiría el consentimiento filosófico, pero no generaría ninguna vinculación, ningún amor, ningún compromiso. Para generar y sustentar este tipo de pasiones se debe apelar a la cultura común, a la memoria compartida. Pero si esta apelación tiene la libertad como objetivo, se debe recurrir a la cultura que emana de la práctica de la ciudadanía y que se sustenta en las memorias compartidas del compromiso con la libertad, el criti-

¹⁶ Por esta razón no es necesariamente verdad que «la vinculación al grupo es a la vez un acto de solidaridad y un acto de exclusión», como T. Todorov señala en *On Human Diversity* (Harvard, Mass., 1993), 173.

cismo social y la resistencia contra la opresión y la corrupción. No hay necesidad de fortalecer la unidad religiosa y moral, la homogeneidad étnica, o la pureza lingüística.

Los proyectos de reforma social y política inspirados por el ideal de república requieren compromiso, solidaridad, y el trabajo en común de muchos hombres y mujeres durante un largo periodo. Debe haber algún tipo de sentimiento de pertenencia o de ser miembro; para que uno realice su parte, debe sentirse parte de algo. Es cuestión de retórica: se deben decir las palabras correctas y decir las adecuadamente. El lenguaje del patriotismo republicano ofrece la retórica adecuada para ayudar a crear o reforzar el tipo de compromiso que un proyecto de reforma política y social inspirado por el ideal de la ciudad de todos requiere. Su efectividad deriva del hecho de que trabaja sobre los nexos étnicos y culturales ya existentes que de alguna forma conectan a los miembros del mismo pueblo para transformarlos en generosos defensores de la lucha contra la opresión, la corrupción política y la discriminación. Apela a sentimientos compartidos, que a menudo se encuentran en estado letárgico, para trabajar juntos con miras a propósitos que son comunes a todos y a la vez cercanos a cada individuo. Hablar de patria acerca la república a los corazones y almas de los ciudadanos y da a los ideales de libertad igualitaria y justicia, que están comprendidos en el concepto de república, los colores y el calor que motivan la acción y el compromiso.

Como la historia ha mostrado a menudo, cuando una nación se encuentra ante una crisis moral y política, muy probablemente el lenguaje del patriotismo o el del nacionalismo conseguirán la hegemonía intelectual. Estos lenguajes parecen poseer una fuerza unificadora y movilizadora que falta en otros. Una retórica que dice a los ciudadanos que deben, por encima de todo, verse a sí mismos como individuos dotados de un número de derechos contra las intrusiones por parte de otros individuos o por parte del gobierno, es muy difícil que genere el compromiso y la solidaridad que es

necesaria para hacer que muchos trabajen juntos para regenerar a una nación. Posiblemente serían más efectivas aquellas palabras que dicen a los ciudadanos de sociedades liberales multiculturales que más allá de la particular lealtad de grupo, quienes las componen, como individuos racionales y morales, deben compartir la lealtad a los valores comunes de libertad y de justicia. El argumento es poderoso ya que apela a los principios y valores comunes universales. Sin embargo, la comunidad basada en valores universales como partidos es demasiado distante y general. Si este tipo de lenguaje liberal fuera enfrentado por un lenguaje nacionalista que apela a los valores comunes menos racionales pero más próximos como religión, etnicidad, lengua, cultura y memoria, no parece que sean muchas sus posibilidades de que gane un concurso de retórica. Los lenguajes políticos no pueden ser valorados en términos absolutos; deberían ser evaluados por lo que pueden hacer contra otros lenguajes que sostienen proyectos políticos diferentes o alternativos. Lo que se necesita es un lenguaje capaz de oponerse a los lenguajes nacionalistas y comunitarios que dan prioridad a la búsqueda de la pureza y la diferenciación cultural. El lenguaje del patriotismo republicano es posiblemente el antídoto adecuado porque es tan particularista como los lenguajes del nacionalismo y el patriotismo, pero es particularista en el sentido que hace de la república algo particular; no se mete en el campo de las lealtades particulares sobre el que florece el nacionalismo, pero trabaja sobre él para que crezca la ciudadanía.

La necesidad de enfrentarse en serio al nacionalismo tanto intelectual como políticamente es ante todo urgente para la izquierda democrática. La retórica nacionalista ha sido y aún es muy influyente con respecto a los pobres, los desempleados, los intelectuales frustrados y la clase media en declive. La gente socialmente humillada y descontenta encuentra en la pertenencia a la nación un nuevo sentido del orgullo, una nueva dignidad: «Soy pobre, pero por lo menos soy americano (o alemán o italiano)». El resultado de

ello es que fuerzas sociales importantes que deberían contribuir a la causa de un socialismo democrático de izquierdas se han pasado al campo de la derecha.

Y además, aunque los costes políticos han sido muy altos, la izquierda ha permitido a la derecha tener el monopolio del lenguaje del patriotismo. Históricamente, los socialistas han sido o internacionales o campeones de la solidaridad dentro de los sindicatos o los partidos, o de ambos a la vez¹⁷. Con unas pocas excepciones loables, los intelectuales socialistas han hecho poco o ningún esfuerzo para construir un patriotismo de izquierda capaz de contrarrestar el nacionalismo¹⁸. La izquierda democrática tiene que combatir al nacionalismo en su propio campo; debe tener una respuesta a la necesidad de una identidad nacional, y su respuesta debe de ser diferente de la del nacionalismo; no debe abandonar el campo de batalla, pero no debe de unirse a las filas del enemigo. La labor intelectual no será fácil: requiere mucha investigación y muchos debates serios; un primer paso puede ser reconsiderar críticamente la tradición del patriotismo.

A lo largo de los siglos, en contextos políticos e intelectuales

¹⁷ Walzer ha escrito que «La solidaridad es el patriotismo de la izquierda; a menudo reemplaza al sentido de ciudadanía e incluso al amor a la patria», en *Obligations: Essays on Disobedience, War and Citizenship* (Harvard, Mass., 1970), 191.

¹⁸ Al reflexionar sobre la derrota del radicalismo político americano en la década de 1960, John Schaar hace una importante observación con respecto a la importancia del patriotismo para la política radical americana: «Los radicales de los años sesenta no persuadieron a sus compatriotas americanos, de clase alta o baja, de que de verdad les importaba y compartían un país con ellos. Y nadie que sienta desprecio por otros puede esperar enseñar a esos otros. Un radicalismo revivido debe ser un radicalismo patriótico. Debe de compartir y preocuparse por cosas comunes, aun cuando tenga una "rña de amantes" con sus conciudadanos». Ver *Legitimacy in the Modern State* (New Brunswick, NY, 1981), 287. Otra importante exhortación a los socialistas para que tomen en serio el asunto del patriotismo se encuentra en el ensayo seminológico de Hugh Cunningham «El lenguaje del patriotismo, 1750-1915», en *History Workshop*, 12 (1981), 27: «La pregunta que se tienen que hacer los socialistas es si es posible despojar al lenguaje del patriotismo de esos añadidos de extrema derecha que se convirtieron en parte fundamental de su esencia en la era del imperialismo; si es posible diferenciar con la suficiente nitidez el patriotismo desprovisto de historia al que invocan ahora los conservadores». Para un argumento reciente y poderoso contra el rechazo de izquierdas al patriotismo, ver R. RORTY, «The Unpatriotic Left», en *New York Times*, 13 de febrero de 1994, 15.

diferentes, el lenguaje del patriotismo político ha sido utilizado para motivar a los individuos para que trabajen conjuntamente en hacer que sus comunidades se parezcan más a repúblicas en las que cada uno y todos juntos puedan vivir el tipo de vida que deseen como ciudadanos libres e iguales. A veces, el lenguaje del patriotismo ha sido usado como reclamo para unir a todos aquellos que quieren vivir como ciudadanos frente a aquellos que encuentran insostenible la igualdad política y civil; en otras circunstancias ha sido invocado por los excluidos para reclamar el total reconocimiento y denunciar la opresión política y social. Si se utiliza debidamente, el lenguaje del patriotismo centrado en el ideal de república aún puede sostener diferentes formas de acción colectiva emancipadora; puede funcionar de nuevo, como lo hizo en el pasado, como una poderosa herramienta intelectual para redescubrir y aprender a practicar la política de la mejor manera posible.

El lenguaje del patriotismo de la libertad puede ser una alternativa con respecto a teorías que buscan trascender la política a través de algún tipo de base ética que aspire a crear un criterio para resolver conflictos políticos mediante procedimientos definidos desde el punto de vista de individuos desinteresados, culturalmente neutrales y despasionados, y puede ser una alternativa a teorías que confinan la acción política a las esferas prepolíticas de la cultura, etnicidad y religión. Contra el primero, el lenguaje del patriotismo invita a los individuos a permanecer culturalmente definidos, interesados y apasionados, e intenta inculcar en ellos la cultura de la libertad, el interés por la república, el amor al bien común; no busca dictar lo que los individuos morales racionales deben hacer, sino que aquellos que aman la libertad sean más fuertes que los campeones de la opresión y la discriminación. Contra esta última —que puede ser definida como una posición nacionalista o comunitaria—, el patriotismo intenta transformar un lazo entre gentes que son culturalmente similares en un compromiso para un bien —la república— que sigue siendo particular ya que es la república

de un pueblo en particular, aunque abarque una diversidad cultural. En el caso de los cimientos filosóficos de la política la tarea que se debe realizar es evitar inútiles incursiones en la racionalidad, permanecer bien vinculado al mundo de las pasiones, e intentar darles forma a través de la retórica y la acción política; en el caso del nacionalismo y comunitarismo se debe conducir la lucha política e intelectual al nivel de las pasiones e intereses que buscan transformar pasiones sórdidas e innobles, de nuevo a través de la retórica y la acción política, en más altas y generosas, que fortalezcan y que se traduzcan en solidaridad hacia las víctimas de la opresión. Entre los mundos ideales de agentes morales racionales, observadores imparciales, y los portavoces ideales y el mundo real de pasiones exclusivas y estrechas, hay un espacio para una política posible de la república. La tarea del lenguaje del patriotismo es mantener franco ese espacio.

Aunque teóricamente defendible, creo que el patriotismo político carece de un lenguaje propio; no parece capaz de hacer que su voz suene diferente de, ni tan poderosa como, las exhortaciones nacionalistas de amor a un país. Parece enormemente difícil decir convincentemente que país quiere decir república y libertad en común; que amar la república y la libertad en común no es ni un encaprichamiento ni un deseo avaricioso por poseer, sino compasión y generosidad. ¿Cómo se puede expresar la característica combinación de este país y este amor? No conozco la respuesta, pero el único patriotismo que vale la pena recuperar del pasado debe ser el que hable de compasión y república: debe ser un patriotismo de libertad.

1 Estimo, pero a un intelectual de izquierda que se le que si el nacionalismo y el comunitarismo están en manos de la derecha, la izquierda está destruida y no ve en un liberalismo de la derecha unidades y complejidad. 21/11/12

EL LEGADO DEL PATRIOTISMO REPUBLICANO

El lenguaje del patriotismo moderno fue construido sobre el legado de los antiguos. Los filósofos modernos, historiadores y poetas tomaron de las fuentes griegas y romanas tanto el contenido religioso como el político del patriotismo. Como escribió Fustel de Coulanges, el patriotismo antiguo era un sentimiento religioso. La palabra «patria» significaba *terra patria* (tierra de los padres). La tierra natal de cada hombre era aquella parte del suelo que su religión doméstica o nacional había santificado, el lugar en el que los restos de sus antecesores estaban depositados, y que ocupaban sus almas. Su pequeña tierra natal era el recinto familiar con su tumba y su hogar; su tierra natal grande era su ciudad, con su *prytaneum* y sus héroes, con su recinto sagrado y su territorio delimitado por la religión. La tierra natal era un terreno sagrado habitado por dioses y ancestros y santificado por la adoración. Por esta razón el patriotismo de los antiguos era un sentimiento energético, la suprema virtud a la que todas las otras virtudes tendían. Lo que el hombre consideraba más precioso estaba relacionado con la idea de patria, porque en ella estaba su propiedad, su seguridad, sus leyes, su fe, su dios. Perderla significaba perderlo todo.

¹ The Ancient City, ed. W. Small (Boston, 1882), 264-7. La cultura antigua también albergaba creencias sobre la superioridad y unicidad de la patria, como recalco Herodoto en un pasaje bien conocido sobre los persas: «De las naciones, honran a sus vecinos más